

Prólogo

Con gusto habría denominado este libro, mejor que con el consagrado título que figura en su portada, con el de *Iniciación a la vida filosófica*. *Iniciación*, en razón de su fin; y *a la vida filosófica*, por su contenido e implicaciones.

En efecto, lo que pretenden las páginas que siguen es *iniciar* al lector en el apasionante mundo de la filosofía; y tal cosa no cabe llevarla a cabo sino filosofando juntos quien escribe y quien lee estas líneas: «Lo que la filosofía es —asegura Volkmann-Schluck— se revela tan sólo a aquél que filosofa por sí mismo»¹. Y, en verdad, ¿puede alguien, *sin una experiencia directa de lo que es filosofar, comprender de veras qué se entiende por filosofía?* Para introducir al profano en el riquísimo universo del pensamiento sapiencial es indispensable suscitar en él, a través de la lectura en este caso, la actividad propia del filósofo. Y, entonces, atendiendo simultáneamente a lo que el libro dice y a lo que él realiza al comprenderlo, y volviendo una y otra vez la mirada sobre el camino transitado, quien lo utiliza irá estando en condiciones de advertir, cada vez con más hondura, en qué consiste la filosofía.

A primera vista, la cuestión es común a otras disciplinas, como las matemáticas, la geografía, la historia o la informática: muy difícilmente, antes de tener experiencia propia de esas actividades, podrá nadie hacerse cargo de cuál es su naturaleza y cuáles sus temas y sus características dominantes. A nadie se le ocurre iniciar a un chiquillo en las matemáticas explicándole en abstracto en qué consiste la cantidad y cuáles son los modos principales de maniobrar con ella. Mucho antes de conocer científicamente lo que son la aritmética y la geometría, cualquier persona normal las aprende y utiliza, ejercitando sus capacidades de sumar y restar, multiplicar y dividir, y dibujando con más o menos maña círculos, cuadrados o triángulos. No sería buena pedagogía comenzar por conceptos teóricos que el niño, sin práctica inmediata acerca de las operaciones o elementos que designan, de ningún modo podría comprender.

1. K.-H. VOLKMANN-SCHLUCK, *Introducción al pensamiento filosófico*, Gredos, Madrid 1967, p. 21.

De manera semejante, quien por alguna circunstancia nunca hubiera visto un mapa o un ordenador, o no hubiera tenido en sus manos ni una sola biografía o cualquier otro libro de historia, penosamente llegaría a concebir en qué consisten esas materias, por más que se multiplicaran y alargaran las explicaciones. Con todo, en estos ejemplos y en otros similares, la cuestión resulta menos problemática: pues es improbable que personas civilizadas del mundo de hoy, incluso de corta edad, no hayan entrado nunca en contacto con números, productos informáticos, narraciones históricas más o menos noveladas, planos de montaña o mapas de carreteras, etc.

El caso de la filosofía es distinto. Ciertamente, la palabra está en la calle. Pero el significado que se le atribuye, además de incierto, dista en muchos casos de ceñirse a los perfiles bien netos de este tipo de saber. Y, así, en las secciones dedicadas a libros en las grandes áreas comerciales no es extraño ver ordenados, bajo el rótulo de «Filosofía» y más aún de «Metafísica», excentricidades tan curiosas como la quiromancia, la astrología, la adivinación y el yoga, o asuntos tan especializados y siempre un tanto esotéricos como la astrofísica, la ecología, el naturismo y otros por el estilo. E incluso entre los alumnos que cursan la carrera en nuestras Facultades, tampoco faltan quienes se desconciertan al enfrentarse con las asignaturas más densamente filosóficas, como pudieran ser la metafísica y su natural culminación, la teología racional. «¿Es “esto” filosofía?», preguntan aturridos.

Tampoco sirve a veces intentar un acercamiento mediante explicaciones del tipo «reflexionar sobre los grandes problemas que plantea el universo, la existencia humana, la libertad, el dolor, la muerte, etcétera». Porque, por desgracia, para algunos de nuestros jóvenes y adultos, términos como «razonar» o sus equivalentes gozan tan sólo de un sentido aproximado, que incluye una dosis muy pequeña de experiencia personal; a lo que habría que añadir, en bastantes casos, una clara desconfianza respecto a la tarea que se les propone. Tristemente, en la era de la imagen, de la televisión, de las computadoras y de la navegación informática, la «funesta manía de pensar» se ha convertido en algo no del todo habitual, incluso para quienes se mueven en los dominios de las humanidades. Por lo mismo, los grandes interrogantes humanos son cuestiones más o menos desconocidas y lejanas, que apenas parecen suscitar interés entre quienes nos circundan.

La expresión «no me vengas con filosofías»², utilizada así, en plural, resulta bastante significativa de lo que pretendo exponer. Es posible que su origen histórico y serio haya de remontarse hasta el siglo pasado y, más en concreto, hasta las críticas a la metafísica llevadas a término por el positivismo y las restantes corrientes inspiradas en él. El hecho es que la gente de hoy identifica casi por instinto la filosofía con puras y extrañas elucubraciones abstractas, carentes de referencia alguna a la existencia cotidiana, a la que en ocasiones reducen al estrecho marco de los intereses inmediatos, ya sean de corte económico, utilitario o hedonista.

2. Acerca del uso del término «filosofía» en el castellano actual, cfr. Antonio MILLÁN-PUELLES, *Fundamentos de Filosofía*, Rialp, Madrid, 13ª ed. 2000, pp. 17 ss.

No obstante, nuestro idioma guarda todavía acepciones que enlazan con el significado primigenio de la filosofía en Grecia y en los pensadores cristianos. Giros idiomáticos del tipo «no te sulfures, la vida hay que tomársela con filosofía», conservan aún un regusto de aquella nobilísima concepción del saber filosófico *como sabiduría*; es decir, no sólo como conocimiento natural de los grandes misterios humanos, sino también como capacidad de regir, en los dominios de la praxis, la propia existencia: «se toma con filosofía la vida» aquél que *sabe* dirigir su propio comportamiento, otorgando a cada factor la importancia que merece y encauzando su caminar terreno por los derroteros más oportunos, sin sufrir sobresaltos desproporcionados. Late aquí, entre otros, el significado que a la filosofía dieron los estoicos: algo así como prudencia, serenidad o semi-ataraxia: un cierto *estar por encima* de las situaciones y los estímulos vulgares, a los que no se concede valor suficiente para conmover la propia interioridad y desviarnos de la senda que conduce hasta la paz y la plenitud.

Otras veces, el término «filosofía» designa el intrínquilis de una cuestión o de una coyuntura más o menos complicadas («la filosofía de todo el asunto estriba...»), o la idiosincrasia propia de una persona o de una institución. Es el caso, por ejemplo, de la «cultura» o código institucional de una corporación de profesionales, de una empresa, de una asociación política o cultural... o de un equipo, un partido de fútbol o una visita a lugares no «contaminados» todavía por el hombre. Con lo cual, aunque remotamente, también se acercan a la realidad filosófica genuina, en cuanto ésta es un saber de ultimidades, tendente a esclarecer la realidad, poniendo de manifiesto las causas o razones más escondidas de los distintos hechos y situaciones.

Sea como fuere, parece claro que *incluso las menos incongruentes de estas acepciones han de purificarse mediante una experiencia personal no adulterada de lo que es la filosofía en sí misma, como conocimiento supremo en el plano natural*; y que uno de los modos de llevar a cabo esta vivencia es justo el de *analizar con detenimiento en qué consiste el filosofar y cuáles son sus relaciones con otros saberes y con la propia existencia personal*. Que es, al cabo, lo que pretendo esbozar en las páginas que siguen.

Pero todavía queda por resolver el otro asunto: el de la *vida* filosófica. Resulta significativo que ya Aristóteles, para referirse al ejercicio de la filosofía utilizara una expresión del todo similar a la propuesta: la de *bíos theoretikós* o «vida teórica o contemplativa». Y es que, en verdad, el propio conocer guarda una estrecha relación con la vida, por cuanto estar vivo es condición ineludible para aprehender la realidad; más aún, constituye por sí mismo un modo de vida superior e incluso culminante: conocer es vivir, y vivir de una manera excelsa, «viviendo» también, en cierto modo, las realidades que se conocen. Por eso las plantas, cuya vida es inferior a la de los animales, no alcanzan todavía a conocer; y por eso Dios, Vida en la acepción más eminente del vocablo, es concebido por Aristóteles como puro Pensamiento que se piensa a Sí mismo: como Conoci-

miento sumo de lo más grande que existe: Él mismo. Conocer, así, con mayúscula, en plenitud, aparejado al Amor que le es irrenunciable, equivale a Vivir, también de manera inefable, suprema.

Con todo, al consignar la oportunidad de referirme en el título a la *vida* filosófica quería indicar algo más: 1) que la filosofía auténtica *no es pura gimnasia o esgrima mental, sino tarea de toda la persona, a la que compromete por completo*; y, por consiguiente, 2) que lo que uno va descubriendo conforme avanza en sus indagaciones filosóficas *no es algo indiferente con respecto al tenor de su existencia, sino que incide en ella y la modifica de manera profunda y, a veces, trascendental*. Recordando a Agustín de Hipona, que utilizaba la idea en el contexto de la fe y de la gracia, podría decirse que el filósofo «habla de lo que vive y vive de lo que habla». Es decir: que, implicando su vida entera en la labor contemplativa, reflexiona sobre el conjunto de realidades que configuran su propia existencia y la de quienes le rodean, intentando alcanzar la más profunda comprensión posible de todo ello; y que procura encarnar en su conducta las adquisiciones, muchas veces exigentes, que la especulación sobre sí mismo y su entorno le lleva a descubrir.

Frente a lo que piensan algunos de nuestros contemporáneos, lo que preocupa al filósofo no resulta ajeno a la *vida vivida* de todos los días: aunque tenga su mirada fija en el firmamento, por emplear una metáfora común, sus pies se encuentran bien anclados en lo más firme del suelo que pisa; y a lo que aspira es a que su propio deambular terreno y el de todos aquéllos que con él se relacionan encuentren una guía oportuna en la estrella polar por él vislumbrada.

Como dijera en su momento Kierkegaard, y luego tendremos que matizar, «lo que en el fondo me falta es ver claro en mí mismo, saber “qué he de hacer” (Hec. 9,6) y no [sólo] qué he de conocer, salvo en la medida en que el conocimiento deba preceder a la acción. Se trata de comprender mi destino, de descubrir aquello que Dios en el fondo reclama de mí, de hallar una verdad “para mí”, de encontrar “la idea por la que pueda vivir y morir”». Y añade: «Ciertamente, no quiero negar que yo admito todavía un “imperativo del conocimiento” y que a través de él podría influir en los hombres; pero “es preciso que yo lo absorba vitalmente”, y “esto” es ahora para mí lo esencial. Mi alma sufre su sed como los desiertos africanos sufren la sed del agua [...]. Sentía la carencia de la posibilidad “de una vida plenamente humana” y no limitada tan sólo al “conocimiento”, que me permitiera fundar mi pensamiento sobre alguna cosa... ¡Oh, sí: sobre algo objetivo, algo que, a pesar de no ser cosa mía, nazca de las profundas raíces de mi vida, que me arraigue, por decirlo así, a lo divino y que me sostenga aun cuando el mundo entero se derrumbe! Esto “me falta” y a eso “aspiro”. Y por esa razón siento tanto placer y tan íntimo consuelo en contemplar a los grandes hombres, quienes, habiendo encontrado una perla semejante, dan por ella todo lo demás (Mt. 13,42), hasta la propia vida»³.

3. Søren KIERKEGAARD, *Diario*, I A 75, 1835.